

# El método histórico y el espíritu internacional



Alejandro Aguilar Machado

— II —

No debe olvidarse que la enseñanza de la historia, así como la de las ciencias de la naturaleza, ha de servir de pretexto para que los alumnos observen y analicen con propiedad, midan, razonen e interpreten; en suma, despierten de continua su propio esfuerzo personal. Inspirado en estos propósitos el pedagogo francés Roger Cousinet ha redactado un programa de enseñanza dedicado exclusivamente al estudio de la evolución de las cosas (máquinas agrícolas, habitaciones, vestidos, etc.), en mucho semejante al que aconsejara el Dr. Decroly, cuya escuela se halla fortalecida por un soplo emanado de la vida misma. Claro es, que en un ambiente grande, dotado de museos y cuadros comprensivos de brotes de todas las épocas y culturas, y en donde los alumnos puedan usar el material que la más cuidadosa investigación requiere, el profesor, siguiendo el consejo de Kerschensteiner, dejará que ellos adquieran por sí mismos las nociones de historia consultando las descripciones contemporáneas de los acontecimientos o las demás fuentes; estimulará, rectificará, coordinará, después, el trabajo de los discípulos; pero serán éstos los que habrán de esforzarse en aprender historia por sus propios medios. Pienso que aquí este sistema debe aplicarse discretamente por las razones de ambiente antes apuntadas, y no creo que debamos prescindir del método expositivo,

el cual siempre que las lecciones orales del profesor sean verdaderos modelos pedagógicos, logrará impresionar vivamente el espíritu del alumno, despertando con el recurso, a menudo frío, de la palabra, lo que la realidad misma, con la soberana elocuencia de los hechos, suscita en él cuando se encuentra colocado en el teatro de los acontecimientos que se recuerdan. Por lo demás, este método nos permitirá reunir en síntesis ordenada y transparente los imprecisos tonos y matices de cualquier etapa de la evolución, a efecto de ayudar eficazmente el desarrollo de la persona del alumno. La importancia que se desprende de una referencia, por modo concreto, al sistema o método que ha de seguir el profesor al hacer sus lecciones, nos ha alejado un tanto de propósito que perseguíamos con estos rápidos apuntes: establecer las relaciones del método histórico con el espíritu internacional. Ya colocados en este punto, séanos permitido declarar el íntimo criterio que abrigamos, de que ese espíritu, como el primer paso hacia el más sincero y justo humanismo, no es una consideración extrahistórica, que se ofrece quebrantando el sentido objetivo en que se inspiran estas disciplinas, convirtiéndolas en utilitarias y tendenciosas, como lo pensara Mr. Hauser. Ciertamente, la historia debe presentar un carácter desligado de la política tendenciosa de los gobiernos, pero esta independen-

cia no llegará hasta el extremo de que ella olvide las profundas realidades del momento en que se vive. La interdependencia moral, intelectual y material de los pueblos se ha impuesto como una realidad incontrastable, nacida quizás en las entrañas mismas de los talleres en donde se ha forjado el fantástico progreso mecánico, nota culminante de la época a que asistimos y esta interdependencia palpita vigorosa, no obstante el obstáculo que todavía le ofrecen los moldes de la estructura nacionalista, impropios ya para contener su fuerza expansiva, avasalladora. Dado así el espíritu internacional, como un hecho evidente, la necesidad de comprenderlo y de vivirlo, se impone. Y llegar a esto, a la completa comprensión del tiempo presente, de la sociedad en la cual viven y prosperan nuestras jóvenes generaciones, ha de ser uno de los fines primordiales de la enseñanza de la historia. La Liga Internacional de mujeres para la paz y la libertad, en sus congresos de 1915 y 1919, insistió en este principio: "La política debe ser regida según los mismos preceptos de moral humana que gobiernan la vida privada". Esta asociación recuerda constantemente, lo que no debe olvidar jamás el profesor de historia: que las naciones no son entidades abstractas, sino que, en forma distinta a las piezas del ajedrez, se componen de seres humanos, de uno y otro sexo, que viven, sufren y mueren.